

Experimento en Barcelona: cinco seropositivos conviven y se cuidan

LAS NORMAS DE LA CASA

DEL

SIDA



Antes de hallar este piso vivieron en la calle, o en centros de acogida, o teniendo que pagar hasta 25.000 euros por un mes de tratamiento. Ahora la vida les es menos hostil. Están instalados en un piso en el que reina la cordialidad y la solidaridad. Es una experiencia inédita en España que ellos cuentan esta semana, en la que se celebra el día mundial del sida.



■ Ramón (en primer término), de 39 años, sólo aspira a "vivir en paz". Al fondo, sentado, el norteamericano Douglas, uno de sus compañeros de piso. Dos de las neveras de las que disponen son para los víveres y la tercera está repleta de Kaletra, un antiviral. Abajo, otros medicamentos.

Hernán Ameijeiras

Si no fuera por ciertos detalles podría ser el piso de una familia tipo de clase media: muebles de Ikea, plantas, luz. Pero en la mesa baja del salón hay revistas para homosexuales, y, de las tres neveras que hay, dos contienen víveres; la otra está llena de cajas de Kaletra, un antiviral. Ocurre que los ocupantes de este piso no son una familia tipo, sino cinco hombres de diferentes nacionalidades, con bajos recursos e infectados con el virus de la inmunodeficiencia humana (VIH).

La asociación Gais Positius (gays positivos) desarrolla en Barcelona esta experiencia inédita en España gracias al dinero de la Fundación Arena. Los cinco hombres que viven en este piso tutelado tienen una habitación individual por el 33 por ciento de sus ingresos. Algunos, como Ramón y Carlos (no es su nombre verdadero), conocen bien los centros de acogida. Ramón pasó en ellos buena parte de sus 39 años. *"Los centros para gente con sida están llenos de heroinómanos, y abundan las peleas. Yo no tenía nada que ver con eso. Yo soy gay"*. Carlos, de 40 años, agrega: *"De repente, en plena noche, estás en el gran dormitorio común y te despiertan gritos que aterran. Es insostenible"*. Él vivió tres años en uno, agobiado por el clima opresivo. *"Luego estuve siete en otro -dice-, pero tenía llaves y podía salir y entrar. Por eso aguanté"*.

Ramón y Carlos subsisten con una pensión que ronda los 270 euros y pasan la



▶ mayoría de sus días en el piso. En cambio, Santi, el argentino Esteban (ambos son seudónimos) y el norteamericano Douglas son muy activos. Douglas, de San Diego (California), aparece poco por el apartamento, ajetreado con su trabajo en una galería de arte, sus clases de castellano y sus ganas de conocer gente. De buen aspecto, jovial, optimista, Douglas ahora cree que podrá vivir hasta los 50 o los 60 años. Tiene 37. Hasta hace poco, su futuro se contaba en meses. Cuatro años atrás, en Valencia, Douglas se hizo novio de un gay sano: *“Le informé de que era seropositivo y nos cuidábamos con doble condón. Pero un año después estaba infectado. Él me quiso consolar diciéndome que yo no podía haberle infectado, pero me sentí culpable. La depresión me hizo bajar las defensas. Y empeoré”*. Tanto, que los médicos le pronosticaron dos semanas de vida: *“No recuerdo nada de lo que pasó durante cuatro meses. Después supe que llamaron a mi familia y me repatriaron a Estados Unidos”*. Estuvo un año en su país, pagando entre 5.000 y 25.000 euros por el tratamiento; el dinero lo conseguía de fundaciones e instituciones: *“Mi padre, que es funcionario, me advirtió de que los próximos pasaportes norteamericanos llevarán un chip que dirá, entre otras cosas, si eres seropositivo. Encima, gobierna Bush: me volví a España”*.

A la hora exacta deben acordarse de tomar las medicinas, que pueden llegar a ser cinco, incluido un inyectable que Ramón elogia: *“Me salvó la vida”*. Douglas recuerda con amargura la época en que debía tragar 40 pastillas por día; ahora, sólo 8. Esteban es el único que no toma nada: *“Los fármacos son tan tóxicos que resultan peores que la enfermedad”*, dice, aunque reconoce tener en la nevera, *“por las dudas”*, su dosis de Kaletra.

Un mediodía, Ramón recibe un envío del hospital: decenas de tetrabricks con suplementos alimenticios de sabor a vainilla y chocolate: *“En las farmacias, cada uno cuesta 10 euros”*, informa Ramón. Los medicamentos también los reciben de la Seguridad Social; si no, no podrían. *“Una caja cuesta alrededor de 1.000 euros y dura, más o menos, un mes. Algunos tienen que tomar cuatro medicamentos, serían 4.000 mensuales”*, explica Carlos.

Para los habitantes del piso, la depresión o la semifelicidad pasan por la cantidad de células T que albergan en la sangre, y que indican el nivel de defensas. Una persona sana tiene entre 700 y 1.200 por milímetro cúbico; los seropositivos, mucho menos. El riesgo de enfermedades oportunistas propias del sida (infecciones,



■ Douglas, de San Diego (California), busca su dosis de medicación. Trabaja en una galería de arte y aprende castellano. Tiene 37 años y espera vivir hasta los 50 o los 60. A la derecha, entre las revistas que hay en la mesa baja del salón hay algunas especializadas para homosexuales.

LAS NORMAS DE LA CASA DEL SIDA



Algunos inquilinos de este piso conocen bien los centros de acogida para seropositivos y no tienen buena opinión de ellos: “Están llenos de heroinómanos y abundan las peleas”

cáncer de piel...) es muy grande cuando se baja de 200. Esteban tiene 240; Douglas, menos de 200.

El piso tiene dos baños y cinco habitaciones. En las tres que dan al sombrío vestíbulo viven los más dinámicos, los que no conocen los centros de acogida. Esteban trabaja en un negocio de decoración, pero en la Argentina fue contable y trabajó con senadores. En cierto modo, es un agradecido al VIH: *“Antes de infectarme yo no era feliz; ahora no sé si lo soy, pero al menos lo intento. Gracias al virus, me decidí a buscar la felicidad”*. Santi, por su parte, trabaja preparando pedidos en un almacén. Pierde dos horas en ir y venir, pero se empeña en volver a mediodía para almorzar en casa.

Las habitaciones de Ramón y Carlos dan al salón, cuyo amplio ventanal deja entrar mares de luz. A Ramón le gusta pintar, aunque no lo hace todos los días. Ramón lamenta no tener ni un euro: *“Estoy obligado a pintar con acuarela, aunque prefiero el óleo”*, dice. En su habitación hace ejercicio con una bicicleta fija y unas pesas, pero hay días en los que el sida no le permite hacer nada.

En los inicios de la convivencia, Ramón intentó que todos cenaran juntos, como una familia a la antigua usanza. Cocinó, pero al parecer su arroz con pollo no sedujo. *“Seguro que si les pongo una fuente de*

marisco nadie iba a quejarse”, rezonga.

Ramón nació en Galicia y a los 15 años se marchó a Madrid. Era muy guapo, tal como Douglas ha visto en fotos, y posee inteligencia y un descarnado sentido del humor, pero, en Madrid, en vez de escalar, terminó viviendo en la calle. A fines de los 80 viajó a Hawai con su novio norteamericano; allí detectaron que era seropositivo y le expulsaron, pues no podía pagarse el tratamiento. Volvió a los centros de acogida. Como si no fuera suficiente, sus dos hermanos murieron por la heroína. *“Ya lloré demasiado. Ahora quiero vivir en paz”*, dice.

En el piso no faltan los desacuerdos, como en cualquier casa, pero ya no hay gritos en plena noche y la agresividad ha sido suplantada por la cordialidad y la comprensión. Cuando Ramón está débil, la solidaria asistencia de Carlos es uno de los espectáculos cotidianos más emocionantes del piso. Los cinco han encontrado casa y también afecto. Estos 100 metros cuadrados han sido para ellos una bendición. Antes, y para no ir a los centros de acogida, Carlos alquiló un año un cuartucho por 150 euros mensuales. *“Y no tenía ventana –se lamenta–. Era terrible porque soy más bien depresivo. Ahora tengo una”*, dice, y se la queda mirando, como si aún no lo creyera. Es sólo una ventana, pero por las tardes deja entrar el sol. 